

Manuel Mujica Láinez y sus laberintos

Luis Antonio de Villena

MUCHOS ESCRITORES HAN DESARROLLADO –CON DEDICACIÓN O LIGEREZA– UNA O VARIAS FACETAS ADEMÁS DE LA LITERARIA (CARPENTIER, COCTEAU, ETC.). LUIS ANTONIO DE VILLENA NOS DESCUBRE AL MUJICA LÁINEZ DIBUJANTE.

Supongo que como a muchos escritores (y aún más a los que tienen en buena estima el término «artista») a Manuel Mujica Láinez –él acentuaba así sus apellidos, aunque ya le advirtió el gran erudito Rafael Lapesa que esos acentos no eran así, al novelista le encantaba decir, «me cuenta Lapesa que tengo los acentos equivocados– digo que a Manucho Mujica Láinez, le encantaba el arte y especialmente la pintura, de la que sabía muchísimo. Pero cuando le conocí (en un viaje suyo a Madrid en 1974) yo no tenía ni idea aún de que la practicara. ¿No bastaba la culta y refinada suntuosidad de *Bomarzo*? ¿El misterioso encanto semioscuro de *Los ídolos*? El amigo joven con el que vino en aquel viaje usó por casualidad uno de aquellos días un precioso pañuelo para el cuello, un *foulard* en seda cruda, cuyo dibujo era un intrincado laberinto de ramas y hojas, a lo largo del cual (en paralelo) se desarrollaba un texto manuscrito: reconocí la inconfundible letra d'annunziana de Manucho. Claudio me mostró el pañuelo, y leí el bonito poema de amor que se enredaba en el ramaje...

Entonces Mujica me contó que además de ocasional crítico de arte en el diario *La Nación* (y creo que nunca recogió esas crónicas en libro) él era un pintor frustrado que por temporadas se entretenía haciendo dibujos coloreados que llamó «muy naïves»,

como este que (otro amigo) estampó en seda antigua haciendo una serie de pañuelos, como el que teníamos delante. Era el último que le quedaba –añadió– y por eso se lo había regalado a Claudio.

Cuando nos despedimos (aquella primera vez) mediando enero de 1975, Manucho me regaló un dibujo que hizo para mí en esos días. Es un ingenuo y divertido león, que en una pata sostiene una gran margarita. Un sol grande preside. Todo ingenuo, claro, pero muy vivo y preciso. Otra vez (tres años después) rehizo para mí el laberinto del pañuelo, en su casa de Cruz Chica en la Córdoba argentina, adonde me había invitado. Esa obra (la original) pertenecía a la exposición que hizo en 1966 en Buenos Aires, ya no recuerdo el nombre de la galería, bajo el título de *Laberintos*. Ramajes con flores o torres de iglesias, o máscaras y flores, o un *collage* cuyo centro es la cara central del Sacro Bosque de los Monstruos en Bomarzo, se entrelazan con breves textos manuscritos. Dice así uno de ellos (el dibujo es un árbol muy geométrico, con sol y luna a cada lado, pero cuyas ramas se vuelven guante y manos): «El cuerpo se me estira en manos y manos, cuando pienso en ti, Amor Mío. Todo mi cuerpo es entonces como un arco tendido, con flechas cuyas puntas se abren como cinco dedos.» Junto al inicio de la escritura que ondula entre el ramaje de la copa, va la firma del autor y la fecha, 1966. «Ave Caesar», el rostro de perfil de un grueso emperador romano coronado de laurel, es el único de los dibujos sin texto caligrafiado, porque la ornamental letra de Manucho es también parte del cuadro.

Sé que Manucho dibujó más y expuso otra vez en alguna pequeña galería. Pero son los *Laberintos* de 1966 los que marcaron su estilo y muy singular arte. No hace mucho un librito (con estuche y reproducciones en color, el color es muy importante en estos dibujos) recogió buena parte de aquella exposición: *Luminosa espiritualidad*. Texto y dibujos Manuel Mujica Lainez (sic). Prólogo Guillermo Whitelow. Fundación Alon para las Artes, Buenos Aires, 2004. El libro –en estupendo papel– es ya una pequeña joya. Debió salir al cumplirse los veinte años de la muerte de Mujica Láinez (en abril de 1984, con 73 años) y el prologuista es un poeta poco o nada conocido en España, antiguo íntimo amigo de Manucho, con quien visitó por vez primera Bomar-

zo en 1958, y al que (junto al pintor Miguel Ocampo) está dedicada la gran novela, editada en 1962, y que tanto éxito tuvo. *Bomarzo* y *Rayuela* compartieron algún gran premio internacional al año siguiente, y Cortázar –con quien Manucho se llevaba muy bien– le propuso editar juntos ambos novelones con el título (a elegir) de *Boyuela* o *Ramarzo*. A Mujica le divirtió el proyecto. Por cierto, el altísimo Cortázar (física y literariamente) también dibujó algún rato ©

